

Embajadora de la paz



Carmen
Naranjo

Una niña norteamericana, Samantha Smith, de once años de edad, escribió una carta al líder soviético en 1983, en que le preguntó si era favorable a la guerra o a la paz.

El líder soviético de entonces, Yuri Andropov, contestó a su carta con una invitación a conocer Rusia. Samantha aceptó, hizo el viaje y se convirtió en una embajadora de la paz entre dos países que afrontan constantes tensiones. A su regreso a Estados Unidos fue extensamente entrevistada por la televisión y ella contó al pueblo norteamericano cómo había sido recibida y atendida en Rusia. Su iniciativa infantil, inocente, fresca hablaba de la vida.

El destino reparte extrañas cartas. Dos años después Samantha viaja con su padre a Inglaterra. Van a filmar una serie de escenas para la cadena de televisión ABC, junto al actor Robert Wagner. El domingo 26 de agosto último abordan el bimotor que los llevaría de regreso a Londres. El avión se accidenta poco antes de aterrizar. Muere Samantha, muere su padre Arthur, mueren seis personas más.

La noticia de la tragedia conmueve al mundo, pero lo que más conmociona a Estados Unidos y a Rusia es la trágica muerte de Samantha Smith.

El Presidente Reagan escribió una carta a la señora Jane Smith, madre de la niña, y en ella le dice: "Quizá le sirva de consuelo saber que millones de norteamericanos, y, por supuesto, millones de personas, comparten su pesar y recordarán de Samantha su sonrisa, su idealismo y su inalterable dulzura de espíritu".

El líder soviético Mijail Gorbachof también le escribió a la señora Smith y en su carta le señaló: "Cada persona que, en la Unión Soviética, ha conocido a Samantha Smith recordará siempre la imagen de la niña americana, quien, como millones de jóvenes hombres y mujeres soviéticos, soñaron la paz y la amistad entre los pueblos de Estados Unidos y la URSS".

Samantha Smith fue soñadora, idealista, dueña de un dulce espíritu, emprendedora, y se atrevió a hacer realidad

sus sueños. Así fue embajadora de la paz, conoció que en Rusia, como en Estados Unidos, hay también niños y adultos que sólo desean vivir tranquilos en la secuencia de un tiempo sin violencia, en que no exista el miedo al mañana ni el terror a un futuro de armas capaces de destruir en instantes una civilización de siglos.

Samantha ya no está con nosotros, pero su gesto de mano abierta, de curiosidad cuestionante, de osada iniciativa, de cautivadora inocencia, nos demuestra que siempre existe campo para una instancia por la paz.

Ella llegó a la muerte después de ganar la simpatía del mundo entero, también su trágico accidente ha motivado un lenguaje pacífico y de solidaridad humana, cada vez más escaso en estos días.

Su convicción de que la paz es una condición indispensable para la vida, debe inspirarnos a todos y hacer crecer los esfuerzos por el bienestar universal.